

A.C.N. DE P.

AÑO XXVI

15 de abril de 1950

NUMERO 455

EL BIENAVENTURADO PROFESOR CONTARDO FERRINI

SU VIDA, SUS VIRTUDES Y SU MAGISTERIO EJEMPLAR

Expuestos por Isidoro Martín en el Centro de Madrid

La vida del glorioso profesor de Pavia—cuyo tercer aniversario de su beatificación se ha cumplido el día 13 de este mes—, ornamento de la Iglesia en los tiempos actuales y faro de cuantos dedican su actividad a la enseñanza, ha atraído, entre nosotros singularmente, la atención de Isidoro Martín, quien tantos motivos tiene para conocerle a fondo; como que ha cursado parte de sus estudios y ha obtenido académicos trofeos casi en los mismos lugares donde el beato Ferrini ejerció su admirable magisterio.

Isidoro Martín publicó en la revista "Cristiandad", de Barcelona, a raíz de la beatificación del gran jurista italiano, un amplio esbozo biográfico, y posteriormente, un extenso folleto en que recoge los más importantes acontecimientos de la vida de Ferrini y los aspectos más dignos de consideración, tanto en su actividad privada como en el ejercicio de su profesión. De ambos trabajos, es decir, de la biografía y del folleto, están sacadas estas notas que Isidoro Martín leyó en uno de los círculos de estudios del Centro de Madrid y que tan hondas enseñanzas encierran para cuantos nos consagramos a una labor pública y privada de apostolado.

No quiero ser falsamente modesto—comenzó diciendo Isidoro Martín—asegurando que con mi discurso se rompe hoy la tradicional dignidad de la disertación acostumbrada en este acto. Aspiro a mantener ese decoro dentro de mis posibilidades, que no son, ciertamente, extraordinarias.

Por ello he pretendido, a lo menos, ofrecer un tema lleno de valores humanos, pensando que cada uno de nosotros, como el dramático latino, podríamos repetir: "Hombre soy y nada humano lo reputo ajeno a mí."

Yo aspiro a presentaros la figura de un insigne hombre de ciencia, de un catedrático universitario, pero un hombre de estudio con facetas tan universales, tan equilibradas y con tanta sencillez y naturalidad elevadas al plano de lo sobrenatural, que hoy Contardo Ferrini no es sólo el investigador en el campo del Derecho romano, cuya obra es norte para quienes se hallan dedicados a los estudios jurídicos, sino el santo cuya vida constituye un ejemplo acuciante para todos los que en el mundo tenemos todavía que recorrer singladuras de una vida.

Primavera y santidad en Roma

La mañana del domingo "in albis" 13 de abril del año de gracia de 1947 luce en Roma con toda la esplendorosa luminosidad de la primavera mediterránea.

Iluminado también de gozo primaveral nuestro espíritu, como uno de los innumerables peregrinos llegados de mil rincones del orbe, vamos atravesando presurosos la inmensa plaza de San Pedro al filo de las diez, para ocupar puntual-

mente nuestro puesto en la basilica vaticana.

Vamos a presenciar la proclamación triunfal de las virtudes de un sabio profesor universitario, Contardo Ferrini, muerto aun no hace cuarenta y cinco



El beato Contardo Ferrini

años y nacido hace exactamente ochenta y ocho.

Si hoy—admitamos la hipótesis—Contardo Ferrini hubiese estado entre nosotros, le habríamos visto como un anciano venerable, de frente despejada y ojos claros, velados quizá de dulce melancolía. La espalda un tanto cargada no sólo por el peso de los años, sino por el hábito tenaz de inclinarse sobre manuscritos de difícil lectura, pero dejando ver todavía, bajo el yugo de la edad, un cuerpo avezado a difíciles ascensiones alpinas, de tal modo, que ese bastón

en que sostendría el cuerpo ya cansado tendría no poco de bordón montañero.

Mas Contardo Ferrini, para gloria de Dios y ayuda nuestra, está ya en la altura suprema de la eternidad del Padre, leyendo sin esfuerzo el Verbo de la divina sabiduría y encendido en el puro amor del Espíritu.

Aquí abajo, con nosotros, en la basilica de San Pedro, se hallan, sí, sus viejos amigos y conocidos: Víctor Manuel Orlando, el famoso tratadista de Derecho político y ministro del Gobierno italiano, compañero de Ferrini allá por 1887, en los días gozosos de las primicias docentes de ambos en la Universidad de Mesina.

Aquí también, Eduardo Gemelli, recordando, sin duda, el tiempo de sus estudios en la Facultad de Medicina de Pavia, cuando él, socialista e incrédulo, iba, según ha escrito, a la cátedra de Ferrini con el solo propósito de sonreír ante el extraño fenómeno de un profesor universitario que todavía creía en Dios al despuntar el siglo XX. Mas hoy Eduardo Gemelli no es ya el médico materialista de antaño. Hace mucho que se ha convertido en fray Agustín Gemelli, franciscano y rector magnífico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, promotora precisamente de la beatificación de Contardo Ferrini. ¡Con qué otro espíritu escucha ahora la gran lección del sabio romanista! También en esta mañana primaveral sonreirá el padre Gemelli, y puede, además, que su sonrisa se vea irisada por un rayo de sol quebrado en unas lágrimas.

Y aquí están, en todo su esplendor, las dignidades de la Iglesia, los representantes de los Estados, los claustros académicos y el pueblo sencillo, ese pueblo de fe arraigada e ingenua que ha venido desde los más apartados rincones de Italia para asistir a la glorificación del humilde terciario franciscano Contardo Ferrini, cuyas virtudes y favores conocen, y del que también saben que fué hombre de profundos estudios y de mucho prestigio entre los sabios.

Ferrini, hombre de nuestro tiempo

La elevación de Contardo Ferrini a los altares, proponiéndolo como ejemplo para los católicos, especialmente para los que se dedican al estudio o a profesiones intelectuales, entraña gran importancia para nuestra vida espiritual.

Como el padre Gemelli ha hecho no-

tar, "Contardo Ferrini ha servido y amado a la Iglesia en nuestro tiempo; ha tratado de conseguir la perfección cristiana viviendo en nuestra misma época, en nuestro mismo ambiente universitario; ha trabajado para realizar la apología de la fe y de la moral católica en nuestra sociedad y ha tenido, igualmente, que defender a la Iglesia, al catolicismo y a la revelación de los ataques del pensamiento ateo de nuestra edad".

Si alguna variación se ha producido en el campo intelectual desde la muerte de Ferrini, en 1902, hasta hoy, por lo menos en España, aquella ha sido más bien favorable al pensamiento católico, lo cual quiere decir que la imitación de Contardo Ferrini nos resulta más fácil y hacendera. De todas formas, mucho es lo que queda por realizar para que en nuestras universidades y en nuestros ambientes intelectuales el pensamiento sea medularmente cristiano. Las apariencias exteriores, aun de buena voluntad, no pesan nada. Y en esta obra el ejemplo de Contardo Ferrini es decisivo.

La vida del gran romanista italiano ofrece demasiadas facetas refulgentes para poder mostrarlas de manera sustanciosa en un resumido esquema. Mas cualquier faceta de una vida—mucho más de una vida que haya alcanzado las cimas de la santidad—no se explica sin una visión integral de esa misma vida, o por mejor decir, si no se halla la razón última que impulsa a obrar.

Todas las pinceladas de su obrar están coloreadas por una clara luz sobrehumana que las vivifica y sublima. Si Ferrini investiga y estudia, si en su cátedra es un guía fecundo, si se esfuerza por ayudar a todos, si de la vida familiar y de la amistad hace un culto, si vive con verdadera austeridad, si permanece en su celibato, si interviene en la vida pública, si se dedica con apasionamiento al alpinismo, no lo hace por motivos simplemente humanos; no es sólo la **bondad natural** la que actúa ni es sólo el propio placer lo que con ello busca. Contardo obra por un motivo hondamente sobrenatural; es el anhelo incontentible de seguir las huellas del Maestro.

El móvil de la conducta de Ferrini

El observador superficial no acierta a ver los móviles íntimos de la conducta del santo. Mas cuando se mira con ojo penetrante, la explicación aparece clara y sencilla.

Precisamente por ello, la mirada limpia y encendida de otro universitario cuya elevación a los altares cabe esperar, Ludovico Necchi, veía en Ferrini lo sobrenatural bajo la apariencia de lo puramente humano. "Un día—narra el doctor Oggioni—, acompañado de mi condiscípulo y amigo queridísimo Ludovico Necchi, me encontré con Ferrini, que a nuestro saludo respetuoso respondió con la máxima cortesía y con aquella sonrisa tan dulce que le era habitual. El profesor se alejó, pero Necchi, movido por un hondo pensamiento, poniéndose serio, me detuvo un instante y, mirándome fijamente, exclamó de pronto: —¿Ves aquel hombre? ¿Qué tiene de especial? ¡Y sin embargo es un santo!"

A la muerte del profesor insigne pudo encontrarse la clave de lo que en definitiva era un secreto a voces. Los escritos religiosos de Contardo Ferrini, que sólo muy pocos de sus íntimos conocían, constituyeron una elocuente

confirmación. En aquellas cartas dispersas, en aquellos opúsculos inéditos, se revelaba la clave de su conducta.

Entre estos escritos hay uno que nos muestra, singularmente, la intimidad espiritual de Ferrini. Se trata de unas notas personalísimas que, a diferencia de otros de sus escritos religiosos, no estaban destinadas a ser conocidas ni siquiera por sus amigos íntimos. Es lo que se ha llamado su **Reglamento de vida**, una especie de aquellos propósitos que suelen formularse al hacer unos ejercicios espirituales, y en él nos descubre el puro anhelo sobrenatural que movía a Ferrini.

Mas, a nuestro modo de ver, el merito extraordinario no está en haberse trazado ese reglamento de vida, sino en haberlo cumplido con fidelidad perfecta. A nadie le faltan ideas y sentimientos nobles, propósitos generosos, intenciones admirables. Pero no todos sabemos salvar ese gran trecho que la filosofía popular dice, certeramente, que existe entre el dicho y el hecho.

El valor ejemplar de Ferrini radica, precisamente, en haber sabido mantenerse fiel a sus propósitos no sólo en las tareas de altos vuelos, sino en la cuidadosa guarda de las pequeñas, pero fundamentales, cosas. Porque es frecuente servir con entusiasmo las causas grandes y extraordinarias, pero no lo es tanto cumplir con el mismo fervor la obligación pequeña y gris.

En el huerto del Señor no sólo hay cedros inabarcables que elevan su copa hasta las nubes; hay también rosas encendidas, pequeñas violetas o hierbecillas insignificantes, y todos cantan igualmente sus alabanzas al Creador.

La santidad no estriba en las grandes empresas o en las ideas geniales, sino en la fidelidad, en el heroísmo con que se cumple la propia obligación, sea excelsa o insignificante a los ojos de los demás.

La fuente del vigor espiritual de Ferrini

¿De dónde le nace a Ferrini el vigor de este tono tan admirable en todas las manifestaciones de su vida, desde las actividades del investigador a los riesgos del alpinista?

Contardo no era un temperamento pacífico o bonachón. Su hermano nos dice que era de índole vivaz y muy sincero. "No puedo comprender—exclamaba una amiga íntima de los Ferrini—cómo un muchacho que en su niñez era de una viveza rayana en la malicia, se haya hecho tan amable y condescendiente."

La transformación se produjo, en verdad, temprano: a los doce años. Era ya un muchacho de inteligencia muy despierta que sobresalía entre sus compañeros de estudios, y para recibir la primera comunión fué cuidadosamente preparado por su tía sor Benigna, virtuosa religiosa ursulina, muy admirada por el celo con que disponía a las jóvenes que iban a recibir por primera vez el Cuerpo de Cristo. Excepcionalmente, sor Benigna preparaba también a algún muchacho, y uno de ellos fué su sobrino. Los hechos atestiguan que realizó bien su cometido.

"Antes de los doce años—dice el hermano de Contardo—, aunque iba gustoso a la iglesia y rezaba sus oraciones, no daba muestras especiales de piedad. Recuerdo que después de la primera comunión manifestó, por el contrario, signos de piedad vivísima, con un recogimiento mucho más intenso del que era propio de su edad." Fué la verdadera

conversión de Contardo. Desde entonces toda su vida está animada por un impulso sobrenatural; toda ella está embebida y transfundida del espíritu de caridad.

Ferrini, ya hombre, "acudía asiduamente al templo. De ordinario, muy temprano, para no entorpecer el cumplimiento de sus obligaciones universitarias, hacía su meditación en lugar recogido de la iglesia, oía la santa misa recibía la sagrada comunión y con frecuencia confesaba. Durante el día—a veces entre clase y clase—volvía a visitar al Santísimo, rezaba el rosario y hacía lectura espiritual. Los domingos intensificaba las prácticas religiosas, especialmente para oír la palabra de Dios.

Sobre todo era hombre de oración. En sus visitas al Santísimo, de tal manera se entregaba a la contemplación divina, que permanecía enteramente ajeno a cuanto sucediera en torno suyo, y alguna vez fué preciso llamarle para que saliese de su éxtasis.

Era su gran arma de perfección espiritual. Una oración fervorosa, contemplativa y llena de consecuencias prácticas.

Todo el programa de la vida cristiana—nos dirá—se compendia en la palabra **amor**. "Intentaré—escribía el mejor de sus amigos, Victorio Mapelli—trazar aquel ideal al que somos llamados..., y verás cómo todo ello se reduce a aquella palabra."

Y de la consideración de esta realidad—esencia del cristianismo—brotó como una consecuencia natural y sencilla toda la vida de Ferrini: vida de oración y vida de apostolado. O, si se quiere, aquella suprema síntesis del **apostolado de la oración**.

Recojamos en sus textuales palabras el pensamiento de Ferrini que ilumina toda su conducta.

"A quien me reprochase—dice—de espíritu tímido y pusilánime, yo le diría que sólo en la oración recibo fuerza y dignidad; que si tengo un inicio de carácter..., lo debo a la oración; que si mis estudios arribaron a algo, lo debo a las bendiciones de la oración... Y a quien me reprochase de perder el tiempo, yo le diría que por la eficacia consoladora de la oración no lo pierdo en los teatros, en los cafés, en las mil inutilidades de una vida disipada; que la oración me hace amar el recogimiento, la soledad y el trabajo; respondería que si todos orasen y orasen debidamente, no sólo las condiciones sociales, sino las materiales, se beneficiarían mucho. Yo no sabría concebir una vida sin oración, un despertar a la mañana sin hallar la sonrisa de Dios, un reclinarse a la tarde la cabeza, y no sobre el pecho de Cristo... Dadme un hombre que profiera de corazón aquellas divinas palabras (las del padrenuestro)..., y no será posible que no sea un verdadero, un leal, un buen ciudadano útil a la familia y a la sociedad, honor de ellas. No se reza así si no se es bueno o si no se tiene el vivísimo deseo de llegar a serlo."

"Cosa bella es el apostolado del ejemplo—decía a Mapelli—; bello igualmente el de la palabra, pero ¿cuál más eficaz que el de la oración? Tengamos por seguro que si la caída de un hermano nos destroza el alma, si nos abraza, como a Pablo, cualquier escándalo, más desgarrar aún al Corazón de Cristo. ¡Oh!, la oración con algún secreto holocausto, ¿será rechazada por su Corazón?"

Esta idea de la eficacia apostólica de la oración y del sacrificio por nuestros

prójimos, mil veces repetida de una u otra forma en los escritos de Ferrini, nos da razón clara de toda su conducta.

Entrega a la investigación científica

Buen testimonio de la reciedumbre intelectual de Ferrini es que, deseando saborear la Biblia en su texto original cuando aun era un estudiante de bachillerato, se propuso aprender el hebreo y buscó el consejo del director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, monseñor Ceriani, doctísimo en lenguas orientales.

Algo de particular advertiría el insigne orientalista en aquel muchacho cuando no se limitó a darle el consejo pedido, sino que, haciendo un hueco en sus apretados trabajos, él mismo le enseñó el hebreo, el sirio y las primeras nociones del sánscrito y del copto.

Así, cuando Contardo pasó a la Universidad de Pavia para iniciar los estudios jurídicos, su bagaje cultural, y especialmente el lingüístico, era realmente extraordinario. Se hallaba en condiciones excepcionales para recorrer con fruto el campo del Derecho romanobizantino, hasta entonces casi inexplorado. Y para que su labor pudiera resultar más fecunda, Ferrini había hecho suya aquella consigna de monseñor Ceriani: "No os fiéis de los doctos. Comprobad vosotros, buscad la verdad directamente en las fuentes." Toda la obra de Ferrini como investigador se apoya directamente en las fuentes: desempolva manuscritos, interpreta textos ignorados y los ofrece, restituidos, al conocimiento de los estudiosos.

Su doctorado constituyó un triunfo espléndido. En junio de 1880 defendió su tesis doctoral, que redactó en latín, relativa a la aportación que representa para la historia del Derecho penal el estudio de los antiguos poemas griegos. No sólo obtuvo la calificación máxima; se le honró, además, con la publicación, recompensa que hasta entonces nunca se había concedido, por la Universidad de Pavia. Por la misma tesis se le otorgó una pensión para ampliar sus estudios de Derecho romano en la Universidad de Berlín.

Alemania ostentaba entonces el primado indiscutible de los estudios romanísticos, elevados a extraordinaria altura por los discípulos de Savigny.

Ferrini, dolorido por el decaimiento de los estudios romanísticos en la patria del Derecho romano, que conoció más tarde el maravilloso florecimiento bolofés, partía para Alemania con un noble propósito ya iniciado por otros compatriotas como Felipe Serafini: reconquistar para Italia la primacía en los estudios jurídicorromanos. "En gran parte es mérito suyo—ha dicho Bonfante—el que la ciencia romanística italiana ascendiera desde la posición de esclava a la de maestra."

Sería demasiado enfadoso resumir aquí la labor científica llevada a cabo por Contardo Ferrini en su corta pero fecunda vida. Baste decir que sus trabajos pasan de doscientos, bastantes de gran entidad y muchos de valor insuperado, como su *Derecho penal romano*.

Bonfante considera a Ferrini "el más fecundo escritor en el campo de nuestros estudios, el más profundo conocedor y el crítico más agudo de las fuentes".

¿Cuál es la razón que impulsa a Ferrini para esa dedicación al cultivo de la ciencia? Escuchemos su respuesta. "El arte, la ciencia, la naturaleza—nos

dirá—conducen a Dios; el Espíritu de Dios, que habita en el corazón de los justos, conduce al amor de toda cosa bella, buena, digna." Y por esto en su *Reglamento de vida* se había propuesto: "Me pondré al trabajo con gran empeño, siempre dispuesto, sin embargo, a interrumpirlo con alegría por caridad y obediencia. Lo comenzaré y terminaré con la oración."

Como explicación de su colosal tarea sirvanos este testimonio: "Guardémonos de considerar vanidad el aspirar a grandes cosas; esto sería pusilanimidad. ¡Todo lo puedo en Aque! que me conforta! Todavía más. ¿No es cierto que Dios escoge, para las obras grandes, a las cosas despreciables de este mundo?; como hubo de decir Pablo: Precisamente porque yo no soy nada, Dios puede hacer conmigo grandes cosas... y las hará si, mientras tanto, me preparo con el dolor."

La humildad y sencillez en medio del triunfo

Ferrini no hubo de aguardar a la muerte para que se proclamaran sus grandes méritos científicos. Las Universidades se disputaron su magisterio; Universidades y Academias celebraron sus investigaciones, reconociéndole un prestigio unánimemente respetado.

Y, sin embargo, Ferrini resultaba la sencillez personificada. Una sencillez extraordinariamente cortés y afable. Cuando sus alumnos le felicitaban por un nuevo éxito, quitaba jocosamente importancia al asunto y el elogio se quebraba en flor.

En el mismo porte exterior mostraba su sencillez. Vestía con modestia grande, aunque con dignidad. Sólo cuando había de asistir a algún acto solemne vestía con mayor elegancia, y solía decir sonriente a sus sobrinitos: "¡Aquí tenéis al tío Contardo, que se ha vuelto rico!" Por el contrario, cuando hacía la visita semanal de las conferencias de San Vicente, a las que pertenecía desde su estancia en Berlín, llevaba un traje sumamente modesto para no herir la pobreza de los hogares que había de visitar.

Sencillez y humildad que Contardo ejercitaba de manera admirable en el seno de la familia. Más de una vez la madre, sin reparar en la posición social y el renombre científico de su hijo, exclamaba:

—Contardo, ve a la bodega a embotellar el vino.

Y el sábio romanista lo embotellaba con la misma complacencia que hallase al descifrar un palimpsesto.

El culto a la amistad

De Contardo Ferrini podríamos decir lo que Jorge Manrique decía de su padre, el maestro don Rodrigo:

¡Qué amigo de sus amigos!

Rindió verdaderamente culto a la amistad, que consideró siempre generosa, desinteresada y de verdadera elevación espiritual.

En todas las etapas de su vida encontramos siempre el amigo o el reducido grupo de amigos con quienes practica esta santa virtud de la amistad. Porque, en definitiva, para Ferrini la amistad no era más que una forma de la caridad, que, según las circunstancias, unas veces alcanzaba explícitamente las altas cimas espirituales, otras no pasaba, en la apariencia, de la pura amistad humana; pero en el ánimo de Con-

tardo había siempre una escondida senda que conducía indefectiblemente al sublime amor.

En la mesa común, merced a Contardo, se respetaba escrupulosamente el ayuno y la abstinencia (los italianos no gozan de nuestra bula), y de tal período de su vida son elocuentes testimonios estas palabras del profesor Orlando: "Su bondad tenía una atractiva fuerza de expansión, tanto más admirable cuanto que prescindía de toda actitud de propaganda y actuaba en virtud del ejemplo. En la exquisitez de su intuición apreciaba de la condición esencial de nuestra intimidad era el respeto a nuestras respectivas esferas espirituales... Aunque reflexivamente hubiese querido ejercer sobre mí una acción encaminada a unirme a sus sentimientos, el mejor camino habría sido precisamente el que escogió: cualquier otro hubiese producido efectos contrarios."

Los compañeros de "Villa Macri" decían luego, bromeando:

—Ferrini nos ha hecho aprender incluso la doctrina cristiana, enseñándonos cuáles son los días de ayuno y cuándo las temporadas.

"¡Cuántas veces—dice Olivi—lo vi y lo contemplé orando..., cuánto lo veneré por su actitud ante el altar! ¡Qué tema de edificación resultaba para el pueblo al reparar en aquel compañero mío tan bueno, tan docto, tan célebre, postrado delante del santo tabernáculo, rodeado como de una aureola de santidad! ¡Era la grandeza de la ciencia que se inclinaba reverentemente ante la grandeza de la fe!"

La conversación de Ferrini, de gran amplitud cultural, era alegre y a veces salpicada con alguna ingeniosa sátira que agradase sin ofensa. Porque lo más doloroso para él era que la conversación amistosa degenerase en maledicencia. Entonces, como en el caso de alguna expresión inconveniente, reflejaba en el rostro el pesar que ello le producía.

Frecuentemente, cuando trataba con amigos íntimos o con sacerdotes, su conversación se hacía verdaderamente santa y santificadora. Era el mismo tono de las cartas a sus íntimos.

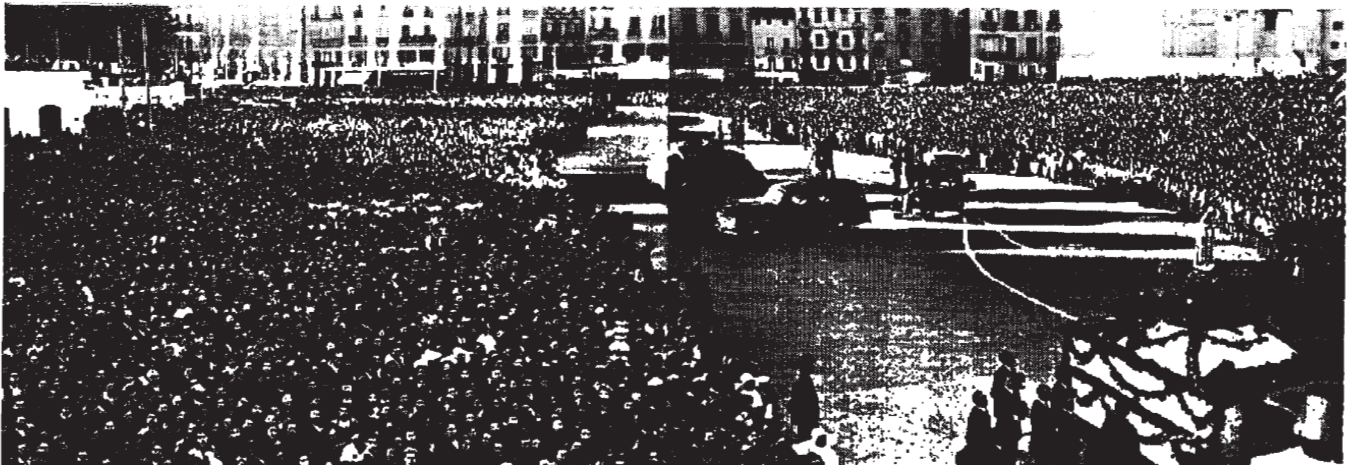
¿La razón de todo esto? Veámosla una vez más en sus propias palabras. "Ante todo—había escrito en su *Programa de vida*—advertamos la importancia de hacer nuestra piedad atenta, atrayente. Incluso en las cosas pequeñas hemos de cuidar esta santa amabilidad que es un verdadero acto de fe: ¡Nunca un saludo sin una sonrisa; nunca que se nos pida un favor lo rechacemos; nunca una entrevista de la que un alma parta menos satisfecha!... ¡Y cuánto importa rodear a los buenos con aquella estimación y afecto, con aquella santa amistad que no tiene par en la tierra! ¡Cuánto importa hacer comprender a los malos que no los despreciamos, que no nos tenemos por mejores que ellos, y hacerles entrever con la más asidua caridad que esperamos tenerles un día a nuestro lado!"

"No sin dolor—añade—oímos incluso a personas buenas contar culpas y defectos ajenos. Se lisonjean porque dicen cosas verdaderas y no saben los pobres que divulgan lo que debiera permanecer oculto en sus almas, porque revelar una culpa desconocida para el que la escucha es abominación a los ojos de Dios... ¡Pidamos a Dios que nos ayude en esto y que nos dé luz para discernir siempre (cosa no fácil) la maledicencia, incluso cuando se cubre de

(Continúa en la sexta página)

ORGANIZADA POR NUESTRO CONSILIARIO NACIONAL, SE CELEBRO LA GRAN MISION GENERAL DE MALAGA

SE CALCULA EN 200.000 LAS PERSONAS QUE HAN ASISTIDO
DIARIAMENTE A LOS CENTROS MISIONALES



En la procesión de Nuestra Señora de Fátima se congregaron muchos miles de personas

Imponentes han sido las jornadas que ha vivido Málaga con motivo de la gran misión celebrada en el mes de febrero último.

Unas 200.000 personas han concurrido cada día a los centros en que se han desarrollado actos misionales.

Numerosísimas han sido también las que han tomado parte en los rosarios de la aurora y en el vía crucis de penitencia para hombres, en el que pudo

apreciarse una enorme multitud. Este acto ha sido uno de los de más relieve de la misión.

Revistió también singular importancia la misión infantil, clausurada con un acto eucarístico ante más de 35.000 niños, a los que dirigió la palabra el excelentísimo señor Obispo de la diócesis, don Angel Herrera, y el director técnico de la misión, padre Langarica.

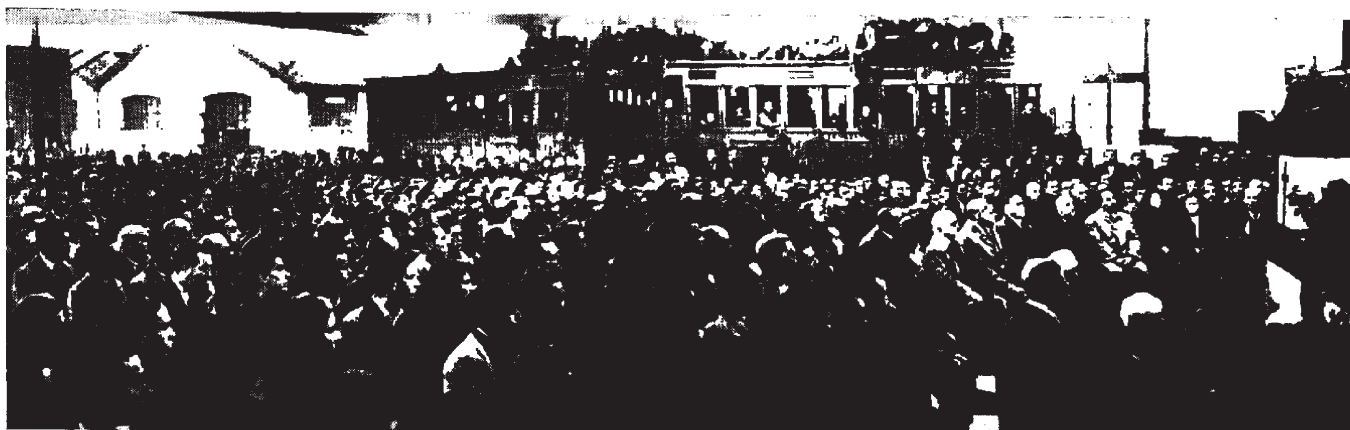
El Prelado diocesano visitó frecuen-

temente los distintos centros misionales, tomando parte directa en varias de las actividades de la misión.

Uno de los grandes acontecimientos fué el apoteótico recibimiento tributado a la Virgen de Fátima, que llegó por vía aérea y presidió los actos misionales. La Santísima Virgen fué acogida triunfalmente por más de 100.000 personas.



Una imponente multitud escucha atenta la palabra



El señor Obispo de Málaga se dirige a los ferroviarios en uno de los actos de la gran misión

El reverendo padre Angel Ayala habla acerca de los medios más aptos para la difusión de la fe entre el pueblo

Contesta con ello a una serie de preguntas que le formula un periodista

"Acerca de los medios más aptos para la difusión de la fe entre el pueblo, voy a indicar a usted algunas ideas, tal vez eficaces, pero inútiles por lo difíciles de aplicar:

1.º Para que el pueblo crea es necesario que coma. Si no come, difícilmente creerá.

No es que se oponga a la fe; es que si está hambriento no piensa en otra cosa que en no perecer de hambre.

2.º Ha de tener vivienda para no vivir poco menos que a la intemperie, como los animales.

Y si no la tiene no pensará en el fin del hombre, sino en los que tienen palacios.

3.º ¿Qué le falta además? Tener un

bienestar humano, el preciso para atender a la crianza y educación de los hijos, de modo que pueda transmitirles alguna propiedad con la que lleven una vida de trabajo honrado sin miserias insoportables.

4.º Esto supuesto, si se le trabaja moral y religiosamente, creará todos los artículos de la fe y practicará hasta la comunión diaria.

España es el pueblo de más fe del mundo. Aquí hasta los comunistas llevan un creyente dentro de sí.

Déseles bienestar de vida y educación para sus hijos y se convertirán pronto en fervorosos católicos. Tratándoles con amor y hablándoles de Dios.

Se exceptúan los gerifaltes comunistas, que aspira cada uno a ser un Stalin.

5.º ¿En qué ha de consistir el trabajo moral y religioso con el pueblo para que crea?

En educarlos con escuelas primarias y profesionales, teóricas y prácticas, con estudio y práctica del catecismo, doctrina y sacramentos.

En la prohibición de la libertad desenfrenada de la prensa, como la anterior al Movimiento nacional. Con esa libertad no hay fe en nada ni progreso en nada, sino incultura y salvajismo.

En la prohibición de la libertad absurda de reunión y asociación para conspirar contra todo y contra todos en beneficio de unos cuantos capitostes con facilidad de palabra y no mucho pudor.

En la organización de sindicatos católicos, con un programa ajustado a las enseñanzas sociales de la Iglesia, y jefes obreros educados en cristiano, con prestigio en su profesión y prestigio por su talento y su honradez.

Es idea de la Iglesia.

En la desaparición de la enorme desigualdad que existe en la distribución de la riqueza, unos pocos que lo tienen todo y otros infinitos que no tienen nada.

Yo he pasado por una dehesa de treinta y cinco kilómetros.

Es monstruoso que haya quien diariamente se gasta en una comida doscientas o trescientas pesetas, mientras hay muchas familias que no tienen ni un mendrugo de pan para sus hijos.

Siempre habrá pobres y ricos. Es fantasia pensar que con el tiempo no los habrá porque todos serán iguales.

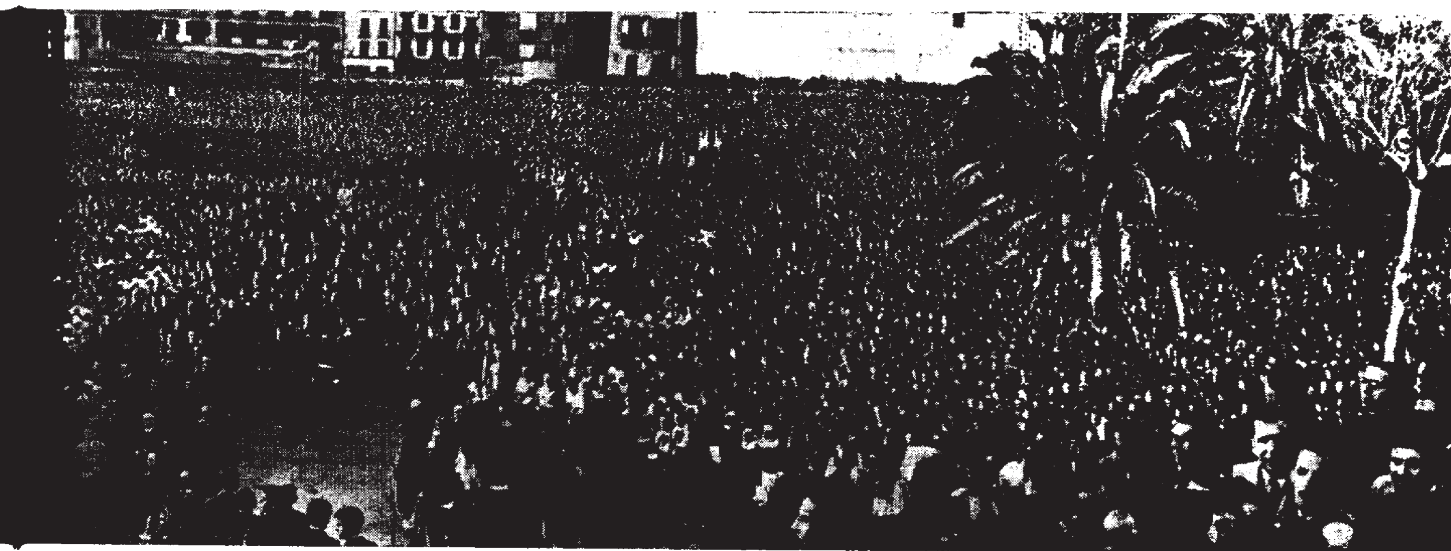
Pero lo que la Iglesia quiere es una más justa distribución de la riqueza, lograda no con revoluciones, sino de un modo posible, gradual, justo, hecho por gobernantes prudentes y técnicos.

"En Rusia no hay ricos ni pobres", piensan muchos obreros.

Falso. Hay un patrono, que es el Estado, e infinitos pobres, que son los obreros.

Uno o dos millones de gentes que viven espléndidamente, y muchísimos millones de esclavos.

Yo no lo he visto, pero lo han visto muchos dignos de crédito."



y reverendísimo señor Obispo, doctor Herrera Oria

EL BIENAVENTURADO PROFESOR...

(Viene de la tercera página)

piedad o parece santo lamento de un alma ante la contemplación del mal!"

Temeroso de estos peligros, Ferrini había propuesto en su **Reglamento de vida**: "Antes de cualquier conversación me encomendaré con un avemaria."

El afecto a la familia y el celibato

Si Ferrini rendía este culto a la amistad, no menos admirable era su afecto a la familia. Desde la Universidad de Mesina pasó sucesivamente a las de Módena y Pavia, sólo por acercarse a los suyos, que residían en Milán. La proximidad entre estas dos últimas ciudades le permitía pasar en la casa paterna buena parte de la semana, y los días de lección en Pavia se hospedaba en casa de su hermana, casada en esta ciudad. Así se desenvolvieron sus últimos años.

El mejor amigo de Contardo fué, sin duda alguna, su padre, profesor de Física en el Instituto Politécnico de Milán. Juntos, por la mañana, iban a la iglesia y a ella volvían al atardecer, después del paseo en común; juntos hacían sus excursiones campestres y juntos asistían a la conferencia de San Vicente o a los actos de la Orden Tercera de San Francisco; y aunque cada uno explicaba sus lecciones en centro diferente, juntos las preparaban en el mismo despacho, una mesa frente a la otra. Tan unidos siempre, que muchos les creían no padre e hijo, sino hermanos.

Y sin embargo, un hombre tan amante de la familia, el educador de sus sobrinos que se deleitaba con los pequeños, no quiso constituir su propio hogar. No faltaron intentos, algunos de ellos bastante decididos, de mamás con hijas casaderas que veían un magnífico partido en el joven profesor.

En cierta ocasión le ponderaban todo lo que podría heredar una de aquellas jóvenes: "Al morir su padre, tanto; al morir la madre, esto otro; cuando muera el tío..."

Contardo interrumpió: "¿Cuántos cadáveres!"

¿Por qué esa obstinación de Ferrini en el celibato?

Cuando se hablaba de este tema, Contardo solía decir jocosamente que él se había desposado con la ciencia. Esto era cierto, pero había una razón mucho más profunda. Cuenta su íntimo, el profesor Olivi, que cuando tuvo suficiente confianza con Ferrini para plantear este problema, le dijo que a su parecer un cristiano debería moralmente o abrazar el matrimonio o el estado eclesiástico, a fin de conseguir el cúmulo de gracias indispensables para el cumplimiento de la propia misión. A lo cual respondió Ferrini que sobre el caso había consultado a un docto y piadoso sacerdote, que le había respondido con el texto evangélico: **In domo Patris mei mansiones multae**. "Comprendí entonces—añade Olivi—que su vocación era completamente extraordinaria y especial."

En efecto, el motivo del celibato de Ferrini era profundamente sobrenatural: el amor a la virginidad como estado más perfecto que el matrimonio. "Nada hay—escribe—tan fecundo en la Iglesia como la virginidad bajo la som-

bra del espíritu del Señor." Y frente a las dificultades para guardarla, Ferrini testifica: "Los protestantes y los racionalistas dicen que es imposible lo que la experiencia de tu gracia, ¡oh, Señor!, nos persuade."

"La virginidad fecunda de María—dice en el **Programa**—es bella imagen de la virginidad católica. Gozosa de la paz de Dios, de la alegría continua de esperanzas inefables, llena de una caridad que desearía extenderse hasta la última de las criaturas con el ejemplo, con la oración, con la vida toda dirigida a un apostolado de bien y que a todas partes lleva bendición y salud."

La caridad de Ferrini

Ferrini fué hombre generosamente desinteresado. No acostumbraba a exigir una retribución a los editores de sus obras, sino que aceptaba lo fijado por ellos, "contentándose—dice Bonfante—con una retribución muy inferior al valor de sus escritos".

Sabemos por el propio Bonfante que Ferrini renunció en favor de éste un encargo de cátedra bien retribuido en la Universidad de Pavia, en atención a las necesidades familiares de su compañero.

En las conferencias de San Vicente, Ferrini encontró campo propicio para ejercer la caridad. Por el testimonio de algunos amigos, y especialmente de sacerdotes, sabemos que era largo en hacer limosnas, aunque siempre de la manera más oculta posible. En las suscripciones públicas, si eran con finalidad honesta y religiosa, su modesto óbolo jamás faltaba. Secretamente ayudaba a estudiantes de la universidad que se hallaban necesitados.

Pero la caridad de Ferrini se dilataba hasta horizontes mucho más amplios. Su cortesía, sus buenas maneras, su afabilidad nunca turbada por el mal humor, eran proverbiales. Sus compañeros de estudios sabían que a Ferrini se podía acudir siempre para obtener los apuntes que pudieran faltarles o para aclarar algún punto oscuro.

Y es que para Ferrini "nuestros hermanos son la imagen de nuestro Padre, y bajo sus apariencias se esconde el Salvador. ¿Hay necesidad de más para excitar nuestra ternura?"

Para Ferrini "la mansedumbre, la dulzura, la amabilidad con todos son una parte integrante de nuestros deberes. ¿Aquí hay—dice—todo un apostolado?"

Su conducta, pues, regida por estas ideas no es más que una aplicación fiel de su **Reglamento**: "La caridad del bien moral de los demás será mi primer cuidado. Hablando a los demás de Dios le rogaré que termine la obra con su acción inefable. Si no tengo éxito no perderé la esperanza y suplicaré con mayores instancias. Si lo tengo, a El la gloria y el honor, a El que, para las obras grandes, escoge cuanto hay de inepto y despreciable en esta tierra."

Pero añadamos algo que tiene difícil trascendencia al exterior: el espíritu de mortificación de Ferrini.

Toda su vida está salpicada de pequeñas, pero constantes mortificaciones: "Durante las comidas—dice en su **Reglamento**—procuraré siempre alguna mortificación... y fijaré antes de ponerme a la mesa la mortificación que he de hacer en ese día. Respecto al café,

guardaré gran indiferencia y, pudiendo, no le pondré azúcar. Resistiré a los deseos de azúcar u otras cosas aun cuando me parecieran necesarias, acordándome de que siempre es bueno combatir la gula... Durante las comidas pensaré en Jesucristo bebiendo hiel... para compensarlo con alguna mortificación... Al oír desgracias o pecados de los demás pediré inmediatamente por ellos."

Sólo después de morir Contardo, cuando se conoció este **Reglamento**, supieron en su casa que el café le gustaba azucarado.

Contardo Ferrini, alpinista

El mismo año en que terminó su bachillerato realizaba su primera gran ascensión alpina al monte Rosa. A Contardo se le quedó el alma prendida en aquellas alturas y ya nunca interrumpió tan arduas ascensiones hasta los mismos días de su muerte. Porque Ferrini murió al regresar de una excursión que, proyectada al monte Rosa, hubo que acortar por el estado de su salud; bebió agua de un arroyo, probablemente contaminado, y murió de tifus el 17 de octubre de 1902.

¿Cómo se explica esta pasión de Ferrini por la montaña? ¿Hay en esta afición **apasionada** algo que, aun siendo lícito, no responda al mismo espíritu que hemos visto en las demás manifestaciones de su vida?

Leámosle:

"En nuestro corazón y en estos cánticos es la idea de Dios la que suscita nuestra admiración ante la naturaleza y la que anima el espectáculo que ésta nos ofrece... Es hermoso sentir desde una cima solitaria del monte el solemne acercarse de Dios y contemplar en la naturaleza indómita y severa la sonrisa perennemente joven de El."

Por eso dice Ferrini que "el sentimiento de la naturaleza, esta preciosa dote de las almas privilegiadas, debiera tener una grandísima parte en nuestra educación. Verdaderamente, en aquellos contactos con la naturaleza sentimos la proximidad de Dios y contemplamos sus maravillas".

Ferrini era, pues, alpinista, porque desde los montes terrenos ascendía más fácilmente al Monte Santo de Dios.

Ferrini, hombre público

Ferrini no es un intelectual desarraigado del mundo que le rodea y que habita en el mundo ideal de sus lucubraciones y lecturas. Vivía las inquietudes del momento con un sano y hondo realismo, y sintió los dolores y las glorias de su patria en su propia carne.

A primera vista podría parecer que el carácter de Ferrini, hombre de retiro y de estudio, se adaptase difícilmente a las exigencias de la vida política hacia la cual no se sentía atraído. Mas cuando fué preciso actuar, actuó en puesto primerísimo, capitaneando grupos en una admirable labor constructiva para buscar la unión de todos los que coincidían en los principios fundamentales de un orden político cristiano.

Vivió en aquellos momentos tan difíciles para los católicos italianos que siguieron al despojo de los Estados Pontificios, y en el año 1895 fué elegido concejal del Ayuntamiento de Milán, cargo en el que desarrolló una labor realmente eficiente y ejemplar. "Me parece algo excepcional—dice uno de sus compañeros de escaño—el lugar de consideración y verdadera autoridad que logró inmediatamente entre todos sus colegas del Concejo, los cuales, a pesar de su inmensa modestia, sabían que representaba un altísimo valor moral." Trabajó, asimismo, en actividades de

tipo social y tuvo una actuación destacada en la campaña victoriosa, a fines de 1901, contra la pretendida introducción del divorcio en la legislación italiana.

Si Ferrini fué a la vida política, lo hizo cumpliendo un deber de conciencia, no por afán de mando o por vanidad. "El amor a la patria terrena de Con-

tardo Ferrini sirvió con admirable independencia de los partidos—ha escrito monseñor Pensa—, era en él un aspecto del amor a Dios y a la Santa Iglesia. Su figura, elevada a la gloria de la santidad, disiparía la vulgar acusación de que los impulsos de la piedad religiosa amenguan el vigor del obrar ciudadano."

gentileza de su espíritu y la indulgente bondad de su corazón".

Es curioso observar, y de ello daremos explicación oportuna, que Ferrini no hacía alusiones de tipo religioso en su cátedra. Si Ferrini—dice un discípulo—se hubiese salido del tema académico en defensa de la religión, los alumnos se hubiesen admirado de ello; hasta tal punto se limitaba a sus temas jurídicos.

En los exámenes, Ferrini era, según el testimonio de sus alumnos, imparcial, justo y bueno. Jamás se quejaron de él por injusticia o por excesiva severidad, y los examinandos tenían plena confianza en que conseguirían una calificación justa. Pero sabían, asimismo, que las recomendaciones, lejos de favorecerles, les perjudicaban; Ferrini no las admitía.

El método didáctico

En un breve estudio sobre el *Digesto*, que publicó cuando ya contaba cerca de diez años de experiencia docente, Ferrini afirmaba: "La experiencia me ha demostrado que en la enseñanza se debe mantener la máxima sencillez de expresión y que la cita continua de escritores, de libros, de controversias menudas y eruditas, engendra frecuentemente, confusión e impide la comprensión clara de las cosas fundamentales. Por esto mi enseñanza se ha venido haciendo cada vez más clara y metódica."

Mas, como bien dice De Francisci, Ferrini "no trataba de hacer romanistas, sino formar juristas prácticos, para quienes el Derecho romano debía ser alimento vivo e instrumento para comprender el Derecho vigente".

Ferrini, maestro de vida

Ferrini no se limitaba a esa simple coincidencia de profesor y alumnos en el aula, donde mientras el uno habla, los otros escuchan... o hablan también, leen o juegan ajenos a las doctas disertaciones magistrales. Ferrini convivía con sus alumnos, porque, acabada la lección, en la Universidad y fuera de ella, conversaba como un amigo con sus discípulos, les estimulaba, les aconsejaba y les prestaba todas las ayudas que tenía a su alcance. Les recibía en su casa para facilitarles sus estudios. "Era con nosotros—dice el abogado Albastini, luego su compañero de alpinismo—un verdadero padre, tratándonos siempre como en familia, e incluso en la Universidad parecía que hablase con amigos."

No sólo acogía a los alumnos en su casa; le acompañaban frecuentemente mientras les explicaba puntos difíciles de sus estudios, y en el transcurso de estas conversaciones aprovechaba las ocasiones propicias para exhortarles a la virtud. No era raro que los condujese a visitar a Jesús Sacramentado o, durante el mes de mayo, a la Santísima Virgen. Invitó a alguno para que se inscribiese en las Conferencias de San Vicente. "Su celo religioso—afirma Gino Segré, su discípulo de religión judía—estaba tan lejos de la intolerancia religiosa como ajeno a necios prejuicios." Sus conversaciones mantenían un tono elevado, sin que faltasen las bromas, y nunca resultaban pesadas.

Muchos de aquellos jóvenes a quienes trató así en Mesina o Módena, al acabar sus estudios guardaron afectuosa correspondencia con su antiguo maestro, y cuando pasaban por Milán acudían a saludarle. Alguno, como Gino Segré o De Francisci, se inclinaron por

EL MAGISTERIO DE FERRINI

Amor a la cátedra

Ferrini logró, a los veintiocho años, la plenitud del magisterio, y era destinado como profesor de *Derecho romano* a la Universidad de Mesina.

Siempre con el deseo de retornar a su familia, Ferrini se trasladó a Módena, y allí permaneció hasta 1894, en que, con gran pesar de esta Universidad, pasó a ocupar, a petición del claustro de Pavia, la cátedra vacante de *Pandectas*. Al cabo de siete años, Ferrini volvía a su Universidad y a los suyos, y al recibirle de nuevo en aquella, el rector exclamaba: "Nos alegramos de dar la bienvenida al compañero que, en otro tiempo alumno de esta Universidad, retorna a nosotros celebrado maestro."

Si Ferrini hubiese vivido, le habríamos visto en una cátedra de la Universidad Católica de Milán. "Ferrini—ha escrito el padre Gemelli—debe considerarse, junto a otros muchos, uno de los que prepararon desde largo tiempo la fundación de nuestra Universidad. Hemos de estar agradecidos al gran estudioso, que había declarado y prometido hallarse dispuesto a dedicar todas sus energías al deseado Ateneo cuando surgiese."

Y aunque en Ferrini sobresalía su condición de investigador, ello no le disminuía su amor a la cátedra. Durante las vacaciones estivales sentía, según nos dice, la *nostalgia de la Universidad*, y tenía necesidad de aquella atmósfera de estudio, de investigación y de enseñanza en que se templan las fuerzas intelectuales. Nostalgia que sólo le disipaban las excursiones alpinas. "A los pocos días de estar inclinado sobre los libros—escribía desde Suna—siento la necesidad de enderezarme, y entonces escapo a la montaña y recorro las libres cimas, olvidando gustoso cátedra y libros."

El ambiente universitario

En los años estudiantiles de Contardo, la atmósfera intelectual estaba saturada de positivismo e irreligiosidad, y las costumbres escolares desafiaban toda virtud. La mayoría de los estudiantes respondían a aquella humorística, pero exacta definición: *animal inquietum omnia rumpens*. Al ocupar Contardo su cátedra, el ambiente apenas había cambiado. Del fervor religioso de Ferrini, los estudiantes de la Universidad de Pavia hablaban como de un fenómeno, como de una cosa singular, incomprensible para muchos de ellos, pero que todos, aun los más refractarios a sugerencias y emociones de este género, sentían y declaraban como merecedor del más profundo respeto.

A pesar de todo, en aquel ambiente de indisciplina y libertinaje, no faltaron las irrespetuosidades al profesor creyente. Ya hemos dicho que Eduardo Gemelli asistía a la cátedra de Ferrini para sonreír ante aquel catedrático que en los días de positivismo triunfador creía en Dios todavía. Otras veces, cuan-

do Ferrini se dirigía a la cátedra, no faltaba un gracioso que, para despertar la hilaridad de sus camaradas, le seguía los pasos lentamente, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada como en actitud de recogimiento religioso. En otra ocasión, los estudiantes fueron entrando en clase con unos minutos de intervalo y daban un fuerte portazo que interrumpiese la explicación, a fin de irritar al maestro. Incluso hubo uno más osado que en la lista de los alumnos modificó un apellido convirtiéndolo en una expresión grosera. Al pasar lista, Ferrini pronunció aquella palabra, con la algarazara consiguiente. Otro día, mientras daba su clase, irrumpieron los escolares en huelga, para darla por terminada.

En todas estas ocasiones, Ferrini reaccionó con una serenidad edificante, y los mismos alumnos se encargaron de corregir tales excesos. Y así, como afirma uno de sus antiguos discípulos, "sin que se pudiese decir cómo ni por qué, era uno de aquellos hombres que con sólo su trato y conversación difunden a su alrededor una especie de aire de serenidad y de paz aquietadora. Esto explica por qué (a pesar de que su naturaleza fuese tan diversa y casi antagonista de lo que es, generalmente, el temperamento goliárdico) el profesor Ferrini fuese uno de los más estimados, admirados y queridos maestros de la Universidad de Pavia".

Ferrini en la cátedra

Su exposición era serena y sin adornos polémicos, mas sus lecciones no eran la fría exposición del texto o del concepto jurídico; buscaba la razón íntima del sentido de justicia que radica en la conciencia del pueblo, y en sus labios todo el viejo Derecho de Roma cobraba nueva vida, muchas veces capaz de aplicarse a las más palpitantes cuestiones actuales.

"Parecía propiamente—recuerda uno de sus alumnos—que todo cuanto decía lo hubiera sabido siempre, habiendo vivido en todas las épocas que describía. De esto que podría parecer una hipérbola dará testimonio cualquiera que lo haya tratado o haya estudiado con él. ¡Nos parecía entonces—añade—que Triboniano le hubiese hecho confidencias!"

A veces traía a colación la autoridad de los jurisconsultos romanos frente a problemas vivos hoy como antaño, y así, dice otro de los alumnos, la definición de matrimonio dada por Modestino resultaba la más bella refutación del divorcio, en labios de Ferrini.

No siempre la explicación tenía ese elevado tono que a veces adquiría. Especialmente en las clases reducidas como en la de *Exégesis de las Instituciones de Justiniano*, la cátedra preferida de Ferrini, su exposición era más bien una conversación familiar y se complacía en suscitar discusiones que encauzaba, mostrando entonces—dice su mejor biógrafo—"no sólo su ciencia y su sabiduría, sino también la exquisita

el Derecho romano, y encontraron en Ferrini no sólo un maestro, sino un amigo generoso, sin aquellos celos que muchas veces se advierten en el campo intelectual.

De Francisci cuenta que en su primera entrevista, Ferrini le aconsejó que no limitase su estudio a una o pocas ramas de las ciencias jurídicas o históricas, y añadió: "Ten presente que para que la pirámide sea alta, su base ha de ser muy ancha."

De esta manera, Ferrini resultaba para sus alumnos maestro mucho más fecundo que en la propia cátedra.

El espíritu de Ferrini en su magisterio

La cátedra era para el gran romanista una atalaya apostólica. "Enseñaré con paciencia y celo—dice en su **Reglamento de vida**—, procurando ayudar a las almas, al menos con internas aspiraciones, lo cual haré siempre que haya de tratar con los demás."

Esto justifica cierta preferencia que Ferrini mostraba hacia sus alumnos incrédulos o poco religiosos. Temió Ferrini que esta predilección redundase en perjuicio de los demás discípulos o que sirviera de escándalo, y consultó a su confesor. Le preguntó éste por qué distinguía a los incrédulos:

—Para llevarlos del error a la verdad, si me fuese posible—respondió Ferrini.

—También Nuestro Señor prefería de este modo a los pecadores—le dijo el sacerdote.

Puede parecer un poco extraño que Ferrini evitase en su cátedra los temas religiosos. Lo explica claramente el Cardenal Mercati, colaborador de Ferrini: "En la cátedra jamás salía del estricto tema académico, y no hablaba de religión. Esto me lo decía él mismo, y añadía que con los estudiantes de nuestro tiempo no se podía hacer otra cosa. Una vez me dijo que en cátedra sólo oportunamente, cuando la materia ofrecía como por sí misma reflexiones buenas, las hacía. Evidentemente, él estimaba que así haría bien a sus oyentes, o, al menos, les impresionaría; mientras que de otra forma les apartaría."

La cátedra actual de Ferrini

Tratando de ofrecer el contorno espiritual de Ferrini, hemos presentado una figura demasiado pulida y redondeada. No se advierten en ella aristas ni salientes, pero el defecto es nuestro. Sería un error mayúsculo imaginarse un Ferrini de tan buena pasta, que no hubiese tenido que luchar en defensa de su castidad frente al encrespase de las pasiones; que nunca hubiese sentido los aguijones de la vanidad y del orgullo en medio de sus grandes triunfos científicos; que jamás se hubiese sentido trabajado por las tentaciones o por los enemigos naturales y sobrenaturales del hombre. Ferrini era hombre sujeto como todos a la tentación, pero por eso fué santo. Porque de todo ello triunfó con el ejercicio heroico de la virtud fortalecida por la gracia. Un heroísmo manso, si se quiere, sin manifestaciones taumatúrgicas, sin milagros; porque, como ha dicho Su Santidad Pío XIII, su milagro es Ferrini mismo, su vida que asciende del escalón de la ciencia humana al de la ciencia religiosa para, desde allí, sublimarse en la supereminente ciencia de la caridad de Cristo.

Contando, que buscando oraciones quiso reposar en el rústico cementerio de Suna, al pie de sus Alpes tan ama-

El Colegio Mayor de San Pablo

(Leído por Radio Orense en la emisión de "Cristiandad", revista semanal radiofónica del Consejo de los Hombres de Acción Católica de Orense, el día 6 de enero de 1950.)

El día 11 del corriente mes de enero se inaugura en Madrid el Colegio Mayor de San Pablo, que la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ha construido al lado de la Ciudad Universitaria, fuera de su recinto, frente al Hospital Clínico, en una prominencia del terreno que le asegura hermosas vistas a la Casa de Campo, monte de El Pardo y sierra de Guadarrama, haciendo de él uno de los lugares más sanos y bellos del panorama de Madrid.

La característica que distingue a este Colegio de los demás es la amplitud y elevación de su fin. Está destinado a la formación de hombres selectos, con capacidad de dirección, para gloria de Dios, defensa de la Iglesia católica, apostólica y romana y bien de nuestra querida Patria.

El Colegio Mayor de San Pablo tiene capacidad para 210 residentes, principalmente de la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas y Sociales, sin olvidar tampoco a Medicina y a las escuelas especiales. Tiene también habita-

dos, descansa desde ahora en la capilla de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, una de cuyas cátedras deseaba; allí donde diariamente alumnos y maestros adoran al Santísimo Sacramento, expuesto desde la mañana a la noche. No le faltarán las oraciones que anhelaba, aunque cambiadas de signo. Serán las oraciones de los hombres de ciencia, de los jóvenes que sienten las inquietudes del saber y que han de forjar la sociedad futura; de todos los peregrinos del espíritu, que no vendrán a pedir por Ferrini, sino que vendrán a oírle en su nueva y esplendorosa cátedra, en su tumba transformada en altar. Y él será el gran intercesor cerca de Dios, para dar a los sabios la única y verdadera sabiduría: la sublime sabiduría de la humildad y de la caridad de Cristo.

"Ningún universitario mejor que Ferrini—ha dicho el padre Gemelli—puede hablar con su vida un lenguaje elocuente a los universitarios..., porque él habla no sólo con sus palabras, sino con la elocuencia de una vida entera."

Porque Ferrini es santo. "Santo—son palabras de Su Santidad Pío XII—no como a menudo se lo figura el mundo: un hombre extraño a la vida terrena, incapaz, inexperto, tímido, irresoluto. No; Ferrini era un santo de su tiempo del siglo del trabajo vertiginoso, del siglo en que la mente y la mano del hombre tienden a sojuzgar técnica y científicamente la fuerza operante de todo el universo sensible... Es el hombre de la realidad moderna, pero también el santo de la hora presente; el místico de la unión con Dios, en el que se había sumergido, y al mismo tiempo el místico, por así decirlo, del hecho y de la acción, de aquella laboriosidad que no es considerada, como al desconocer el orden divino, fin de sí misma o elevada a una especie de sustitutivo de la religión, sino que recibe estímulo y fuerza, dignidad y eficacia del Creador y Señor de toda verdad y no conoce más que un solo y altísimo fin: la gloria de Dios y el verdadero bien de la Humanidad."

ciones para alojar a Prelados, hombres de ciencia, investigadores, personalidades extranjeras... Podrá formarse en él la aristocracia de los estudiantes, aristocracia en el genuino sentido helénico de la palabra, como en los antiguos colegios de Salamanca y Alcalá, que, extrayendo de cualesquiera capas y estratos sociales a sus alumnos, lograban formar Cardenales para la Iglesia, embajadores para el emperador y virreyes para las Indias o consejeros para Castilla...

El profesorado será el del Centro de Estudios Universitarios, fundado en el año 1933 como una reacción defensiva de las conciencias católicas de los estudiantes ante las enseñanzas demolidoras de que se les hacía víctima en algunas de las cátedras de nuestras universidades. Ahora, acogido a la legislación del Estado español, que rectifica el criterio estatificador que impuso la revolución francesa en materia docente, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas abre un nuevo periodo de su vida, y después de cuatro años, después de aquel 12 de octubre de 1945, fiesta de la Virgen del Pilar, en que se colocó su primera piedra, inaugura su Colegio Mayor de San Pablo, en honor del Apóstol de las gentes, Patrono de la Asociación, en el que pueden, ya lo hemos dicho, formarse los selectos de nuestra juventud estudiosa, los números 1 de nuestros institutos, de nuestras universidades, de nuestras escuelas especiales, pobres o ricos, no importa, pues hay becas para los que lo merezcan y no puedan costearse la pensión.

Y como proclamaba don Enrique Calabia, vicepresidente del Patronato que le rige, decimos nosotros: "Quiera Dios que este Colegio Mayor de San Pablo, pilar arrancado de aquel Pilar, sea también cimiento de la reconstrucción católica de nuestra Patria y hasta una segunda salida de España por esos mundos revueltos que tanto la vituperan, seguramente porque tanto la necesitan."

CENTRO DE TOLEDO

Temario para los Círculos de Estudios del curso 1949=50

- I. El sindicato como pieza orgánica de la sociedad.
- II. Cómo será factible una reforma agraria en España.
- III. Porvenir de los ayuntamientos españoles.
- IV. La moral y la higiene en el deporte.
- V. Mutua influencia de lo psíquico y lo somático.
- VI. El seguro total de España.
- VII. El concepto de la propiedad en el futuro.
- VIII. La radio como instrumento de cultura.
- IX. Aportaciones de la Escuela de Traductores de Toledo a la cultura europea.
- X. Deontología del abogado.